

INTRODUCCIÓN

En 1997 el director general de Microsoft en Nueva York me dijo que yo nunca pasaría de ser una vendedora junior. Mi condición como mujer y, además latina, me ponía en una situación en la que él, sinceramente, no podía ver cómo podría llegar más allá.

Su posición representaba la de la mayoría en su país y en el mío, pero el que no creyera en mí para nada fue la adversidad más grande en mi camino. Mi niñez estuvo llena de separación y tristeza, desde la adolescencia fui parte de la minoría y de joven adulta experimenté pérdidas terribles. Pero también tuve la fortuna de encontrar determinación y amor. La combinación de todas esas experiencias me dieron la fortaleza para ser incansable en la búsqueda de lo que me hace feliz.

En el 2003 alcancé el título de Director General para ese mismo territorio, el más alto en ventas de todo Estados Unidos y más grande en ventas que muchísimos países en el mundo.

Aprender, primero a sobrevivir, después a navegar en un ambiente profesional masculino sin ninguna imagen modelo, sin ninguna mujer a quien recurrir por consejos, sin nin-

guna guía literaria, ha sido un gran reto. Hacerlo mientras mantienes la salud y el amor de tu pareja y tus hijos es todavía más difícil. Es por esto que me doy a la tarea de escribir un libro como éste.

Hay muchísimas mujeres en la historia que han hecho cosas milagrosas por la mujer, como la de luchar por el derecho al voto, que se logró en México no sino hasta 1955, y abrir así el paso a las siguientes generaciones. A ellas les agradecemos su lucha y hoy las mujeres tenemos la responsabilidad de contribuir significativamente a la evolución de nuestros países, a la creación de oportunidades para nuestras hijas. Y ya sea con una carrera profesional o sin ella, tengo la certeza de que con nuestra visión de largo plazo, nuestra intuición productiva y nuestra enorme capacidad de transformación podemos tener un impacto positivo muy representativo. Pero lo más importante es que cada una de nosotras nos realicemos holísticamente como mujeres y que nos permitamos vivir el éxito que llevamos dentro.

En ningún momento pretendo tener la fórmula perfecta para el éxito, y sé que hay muchas otras mujeres que han llegado más lejos que yo. Pero también sé que en el ámbito profesional para la mujer estamos hoy abriendo puertas en Latinoamérica y mi objetivo es el de compartir, a través de mi historia personal, los errores y los aciertos que me han llevado a tener una vida plena, intensa y completa; a compartir las decisiones, afortunadas y desafortunadas, que he tomado en el camino y que me han ido moldeando como persona, como esposa, como madre y como profesionista en el mundo corporativo, logrando obtener mi propia definición de éxito: lograr el balance de vida.

CAPÍTULO 1

Guadalajara, cuna y rompimiento

Nací en Guadalajara, Jalisco en 1966 en una familia de clase media y, aunque gran parte de ella ha vivido en esa ciudad por muchos años, en realidad yo fui tapatía de primera generación.

Mi padre, el sexto y último hijo de doña María T que lo fue a parar a Puebla, donde el abuelo trabajaba en la construcción de caminos, creció en el Distrito Federal. Se mudó a Guadalajara por la invitación de trabajo de su cuñado, el dueño de una constructora que desarrollaba algunas de las colonias en Zapopan, a las orillas de Guadalajara.

Mi madre nació en la ciudad de México. Quedó huérfana de padre a los dos años y creció nómada entre la casa de mi abuela, la de los tíos y los internados de los cuales intentaba escaparse persistentemente. Por supuesto que creció en una época en que las mujeres que realizaban una carrera profesional eran muy escasas. Ella estudió la secundaria técnica comercial en la academia Le Franc en Santa María la Ribera y tuvo que trabajar desde adolescente para ayudar a mi abuela. Las dos, cada una explotando sus talentos innatos, la abuela haciendo tocados de novia, mi mamá trabajando siempre en algo relacionado con el comercio, fueron estableciendo el gen luchador que yo habría de heredar.

Eventualmente, mi abuela Luchita se la llevó a Guadalajara para estar más cerca de su otra hija quien, al casarse, se mudó con su marido para allá.

Mi papá era un hombre guapísimo, coqueto, liberal y completamente desordenado que dicen se enamoró de mi mamá en el instante en que la vio. Mi mamá, hermosísima y siempre risueña y, estoy segura, un poco precoz, se deslumbró con un hombre encantador catorce años mayor que ella y aceptó casarse con él al poco tiempo de conocerse.

Me imagino que fueron felices por un tiempo. Tengo muy vagas reminiscencias de mi niñez, mis padres se divorciaron antes de que yo cumpliera los nueve años y mis pocos recuerdos casi siempre se relacionan con el inmenso esfuerzo que hacían por mantenerse juntos. Me acuerdo de los gritos, los reproches y las mentiras que Fer, mi hermano mayor y yo presenciábamos desde el marco de la puerta y después tengo imágenes de sus breves reconciliaciones. En mi mente tengo la imagen vívida del día en que iban tomados de la mano en el coche y yo atrás sentadita pensando que ahora sí las cosas estarían bien. Sin embargo esos momentos desaparecían tan pronto como llegaban. También recuerdo perfecto el día en que nació mi hermana Erika, siete años menor que yo, quien vino o por esperanza o por accidente, pero como resultado de un momento de tregua y hasta de amor entre mis padres.

Mi mamá era una hormiguita que iba de una cosa a la otra, atendiendo su boutique, ayudando a mi abuela con su negocio de florería, haciendo entregas a domicilio por las que me pagaba un peso por acompañarla. Cuando por fin se separaron mis padres, ella ya tenía desarrollado un negocio de bienes raíces que le ha durado y de lo que ha vivido toda

la vida. Fue con este ejemplo que yo decidí, desde muy chica, que quería ser una mujer independiente como ella, sobre todo independiente económicamente para que mis relaciones amorosas y mi elección futura de pareja de vida nunca fueran por necesidad económica.

Durante la separación creo que mis papás perdieron todo el sentido de consideración por los hijos. Lo digo ahora sin reproche y con la certeza de que ellos se habían vuelto un poco locos. No sé bien como estuvo el arreglo, pero había días en que vivíamos con mi mamá y otros con mi papá. No en el ahora tradicional y común acuerdo de los días que te tocan con uno u otro, no. Recuerdo que una vez estábamos solos jugando en el jardín de la casa de papá, llegó mamá, nos subió al coche y nos llevó a su casa. Y regresamos de igual manera unos días después. Ahora me da risa y digo que nos robaban, pero en el momento era muy desconcertante no tener la certidumbre de un hogar estable.

La escuela era mi refugio. Me encantaba el momento de liberación que me provocaba entrar por la reja de la Escuela Primaria 129, Sara Robert. Ahí el mundo era mío y no tenía nada que ver con mi casa o mi familia. Ahí me reía con mis amigas y compartía mi refrigerio con ellas. Ahí veíamos a los niños, nos burlábamos o nos enamorábamos de ellos. Fue ahí que empecé a desarrollar mis habilidades de trabajo en equipo y las primeras señales de quererme establecer como líder aparecieron en sexto grado de primaria cuando mis compañeros de clase votaron por mí para presidente del consejo estudiantil. La campaña de mi candidatura fue, coincidentemente, mi primera campaña de mercadotecnia. Me acuerdo haber creado unos llaveros con una calcomanía de “vota x” por un lado y una foto mía con algún persona-

je de moda por el otro, -suficientemente popular con los votantes y no muy distinta de las campañas políticas que vemos en la actualidad. No tenía ninguna promesa específica, pero me gustaba representar a mis compañeros ante los profesores y empezar a defender nuestras ideas con argumentos convincentes. No recuerdo si alguna vez logré algo, lo que sí recuerdo es haberme divertido muchísimo.

Un día mi papá apareció, ya no para llevarnos con él, sino para anunciar que se iba a vivir a la ciudad de México para así, con la distancia, poner fin a su relación con mi mamá. Yo estaba sola en casa de mi abuela. Me le agarré del pantalón y le dije que no se podía ir sin mí. “Bueno, ve por tus cosas” me dijo. Yo le respondí con terror que prefería irme sin nada a soltarlo porque sabía que si iba por mis cosas, al regresar él ya no estaría. No le quedó más que llevarme. Adoraba a mi papá y no podía concebir no tenerlo cerca en mi vida. Era cariñoso conmigo, alegre, consentidor. Esa noche dormimos en el tren que salía de Guadalajara a las 8 de la noche y llegaba a las 8 de la mañana al Distrito Federal. Fue así que mis hermanos y yo quedamos separados prematura y permanentemente.

CAPÍTULO 2

Independiente a los 16

Vivir con mi papá en la ciudad de México resultó ser una montaña rusa. Su decisión había sido impulsiva y realmente no tenía ni planes de a dónde íbamos a llegar a vivir. Así, ese día en la mañana me llevó a vivir a casa de la *tía* Lenys, la hermana de un muy buen amigo de su juventud, que tenía una hija de mi edad. En el momento me pareció un poco inquietante separarme tan pronto de él pero me reconfortó cuando me dijo que le parecía una buena solución en lo que encontrábamos casa y nos establecíamos como familia, solos, él y yo. A veces quiero pensar que no fue deliberado, sin embargo la mayor parte del tiempo estoy segura de que al entregarme con la tía sintió que me depositaba en manos de alguien capaz de ver por mi educación para así poder dedicarse, si no hasta liberarse, en recomenzar su vida. Pasaba días enteros sin verlo, sin siquiera saber de él.

Un buen día llegó a presentarme a una novia y mis esperanzas de nuestra vida juntos empezaron a evaporarse.

La tía era estricta y sumamente crítica de los demás. De repente daba señales de ternura que de inmediato enmascaraba con una orden. Yo creo que en mí vio el potencial de la rebeldía y por eso adoptó una actitud *casi* de sargento conmi-

go. Por supuesto eso sólo ayudó a empeorar la relación entre las dos. Me volví insoportable con ella.

En la escuela *Hesperia*, en Campos Elíseos en Polanco, me reencontré con el refugio perfecto. *La Hesperia* era una escuela con una filosofía muy vanguardista que daba a los alumnos la posibilidad de tener diálogo con los maestros, la libertad de cuestionarlo todo, de expresar nuestras opiniones de manera abierta. Ahí comencé a darme cuenta de las consecuencias de mis decisiones, por ejemplo, teníamos la libertad total de administrar nuestras faltas a clases, que por supuesto aprovechaba al máximo, pero a veces ponía en riesgo el pase al siguiente grado por “imprevistos”. Y así fui aprendiendo a poner mis propios límites. Me gustaba mucho aprender y *La Hesperia* te daba la posibilidad de hacerlo sin ser *enseñado*. Podías estar en desacuerdo con el maestro y él te daba la posibilidad de exponer tu punto de vista, de discutirlo y de probar tus teorías con ejemplos concretos. Lissa, la directora, me extendió una beca durante toda la secundaria y, con su gran generosidad personal y gran visión en la educación, marcó mi vida.

En *La Hesperia* también conocí la vida de una familia funcional a través de mi amistad con Minerva. Nos volvimos inseparables. Mine no me juzgaba por mi constante duelo con el divorcio de mis padres, aunque estoy segura que había momentos en los que le parecía que ya me pasaba en mi papel de víctima, pero nunca me dijo nada, siempre me escuchaba, me entendía, y me sacaba adelante. Para hacer las tareas, me invitaba a comer a su casa y así conocí a sus papás y hermanos y probé, por primera vez, la comida de Tina, la cocinera de la familia que fue famosa entre los tantos estudiantes que pasamos por su mesa. En casa de Mine la gente entraba y

salía constantemente, siguiendo sus respectivos horarios de actividades y siempre había muchos temas discutiéndose en la mesa. Para mí era fascinante experimentar tanta energía en un par de horas pues, en contraste, mi vida real era solitaria, callada y hostil.

Mine me contó que su hermano Ulises estaba fuera del país en Massachusetts en un intercambio académico por un año. Tina predijo que él y yo nos íbamos a gustar cuando nos conociéramos.

Mi vida en la escuela fue mejorándose día a día, al mismo tiempo que empeoraba en casa de la tía. Mi papá tuvo muchas mujeres y se casó dos veces más. Hicimos varias veces el intento de vivir juntos con sus nuevas familias, pero siempre resultaron fallidos porque yo, para ese entonces, era ya una adolescente rebelde y celosa que no tenía cabida en su vida, vida que con desesperación y sin éxito trataba de rehacer con una mujer y con otra. A los 16 años me fui a vivir a una casa de estudiantes. Vivía ya independiente de cualquier familiar, real o ficticio.

Durante muchos años idolatré a mi padre. Él fue crucial en los momentos de decisión más críticos de mi vida; fue él el que me inyectó el entusiasmo por llegar a ser alguien en la vida y, sobre todo, por hacer una carrera profesional. Me trató de enseñar que vivir intensamente y con pasión era el camino más certero. Sólo había que verlo bailar o contar una historia para saber que él así vivía. Después de su primer infarto el doctor le dijo que debía dejar de fumar y él le respondió: “prefiero vivir poco, pero vivir disfrutando lo que me gusta y sin límites”.